

ENTREVISTAS

Luis Britto García y la nueva literatura venezolana

Amarilis Hidalgo -De Jesús
Universidad de Missouri del Noreste

A.H.D.J: ¿Me podrías hablar de *Vela de armas* como proyecto de la fase inicial de tu novelesca?

L.B.G: *Vela de armas* fue una novela escrita durante la primera parte de los años 60. Es una novela sobre la violencia venezolana de esa época. Hubo una violencia guerrillera tanto rural como urbana que se fue apaciguando lentamente a partir del año 65. Entonces, es una novela escrita, por así decir, sobre la marcha, mientras sucedían los hechos. Fue publicada, digamos, bastante tardíamente. Pasó mucho tiempo en editarla por las dificultades de la publicación hasta que logré hacerlo; pero en Montevideo. Hay algo en el uso de varias técnicas narrativas según el contenido de los capítulos, es como un preanuncio de algunas de las técnicas que voy a usar en *Abrapalabra*, digamos que todavía muy embrionarias. Es también una novela próxima a lo testimonial.

A.H.D.J: ¿Visualizas a *Rajatabla* como novela o como una colección de cuentos? ¿Qué importancia ha tenido la misma en la consolidación de tu obra literaria?

L.B.G: Mira, yo no sabría decirlo. Mejor es dejar el enigma rodando. La persona que postuló primero la idea, que yo sepa, fue una muchacha alemana, Hilden Wenter, que hizo una tesis en México sobre *Rajatabla*, y ella decía que sí, que era una novela. Pero en todo caso cuando yo la envié al premio Casa de las Américas, la envié a la mención "cuento". Sin embargo, uno podría pensar que hay agrupaciones temáticas dentro de la obra. En todo caso, yo siempre he escrito lo que se llama obras abiertas, obras que a veces tienen ciertos atados muy flojamente dentro de la escritura, pero que en el fondo an-

dan en una trabazón temática interna. Una de mis últimas narrativas, por ejemplo, se llama *La orgía imaginaria*, es un libro sobre las utopías y que a pesar de que está hecho en relatos autónomos, todos tienen el tema de hilo utópico. A mí me gusta trabajar ese tipo de libro en el cual hay a la vez una cierta libertad, una cohesión interna del material.

A.H.D.J: ¿Por qué te interesó crear los juegos lingüísticos, narrativos y espaciales que empleas en *Abrapalabra*?

L.B.G: Esa concepción tendría que ver con la idea siguiente. Con la diferencia de lo que llaman lengua y habla. Supuestamente, ese patrón abstracto que se llama lengua se divide en una cantidad de formas particulares que corresponden a cada clase social, a cada profesión, a cada ideología. Quizá con un intento hubiera demostrado que la lengua como tal no existe, que cada ente social produce un discurso. Y que hay un discurso de poder, de dominio de la demagogia. Entonces, yo quise pronunciar eso a través de una alusión política a la evolución del castellano durante esos quinientos años en esto que llamamos Venezuela. Pues, desde los mitos indígenas anteriores al Descubrimiento hasta el castellano arcaico de los conquistadores, hasta la evolución del idioma más contemporáneo. Y entonces, quizá el proyecto quería dar, hacer el testimonio de eso, como no hay un lenguaje neutro, como el lenguaje está siempre contaminado por algo, quizá por eso, el personaje que menos habla, que menos emite lenguaje es el protagonista porque él simplemente lo que hace es que actúa. Es el muchacho Rubén sobre el cual se acumulan los no. El que la familia le está diciendo Rubén no llores, Rubén no juegues, Rubén no hagas esto y así sucesivamente. Él es el que menos produce lenguaje. Uno podría decir que todo discurso es un discurso de poder. En alguna forma está dirigido a operar un efecto sobre los demás y en ese sentido, pues es un juego de poder. Eso es lo que yo quería dar. Y ahí está la construcción de esa tremenda pirámide, esa red de discursos sociales aproximadamente durante cinco siglos hasta el estado final de ello, que es un estado de descomposición social. Por allí andaba el proyecto.

A.H.D.J: ¿De qué trata tu nuevo libro *La máscara del poder*?

L.B.G: Trata de lo siguiente, precisamente una de las cosas que traté hacer en *Abrapalabra* era sobre esa figura tan latinoamericana como es el demagogo. Porque en América Latina se ha escrito mucho la novela de los dictadores; pero si tú vienes a ver la realidad dominante en el último medio siglo ha sido la de los demagogos o populistas. Entonces, el enigma es ver cómo esa gente lograba un poder, a veces un poder muy nocivo, cómo engañaban. Eso traté primero de sondearlo novelísticamente con uno de los personajes de *Abrapalabra*, que es ese dirigente sindical Moncho. Pero de esa versión novelística me interesó pasar a la precisión lingüística, precisión semiológica. Tengo ya dos libros sobre ese tema *La máscara del poder* y *El poder sin la máscara*. Este último ya trata más sobre los lenguajes del populismo, por lo menos el venezolano con muchas referencias al latinoamericano. Fíjate, a mí me gusta mucho exponer un tema de diversas formas y algunos de los temas y motivos de *Rajatabla* y *Abrapalabra* los he llevado al teatro en otro caso de fabulación, "Agua Final" y en alguna oportunidad en ensayos he terminado haciendo una obra narrativa. En el libro *Utopías*, en un principio pensé hacer un libro teórico sobre las utopías o, por lo menos, una antología del pensamiento utópico. También, escribiendo relatos me gusta saltar mucho de un género a otro.

A.H.D.J: ¿Qué autores han tenido más influencia en tu obra?

L.B.G: Es una pregunta difícilísima. Literalmente toda página que uno lee le influye. Mira, hay diversas influencias que son muy obvias. Para mi caso específicamente, creo yo que la de Joyce y gran parte de los autores latinoamericanos. Pero contestarte esa pregunta, llevaría no sé, quizá seis meses enumerando. He leído mucha ciencia ficción a veces por la audacia de las hipótesis que se plantean, y por eso verás la inclusión de esas tramas en mis novelas.

A.H.D.J: ¿Cómo ves la situación del escritor venezolano en estos momentos de crisis nacional? ¿Cuáles escritores de la nueva generación crees que sentarán un precedente en la literatura venezolana?

L.B.G: Venezuela comparte con otros países hispanoamericanos el problema de una capa de lectores muy escasa. La edición de un libro es de dos mil a tres mil ejemplares. Cuando excede

eso, se le considera un *best seller*. Como ves, es casi imposible vivir de la escritura. El escritor venezolano está en aislamiento. Casi siempre vive de otras cosas y se dedica en un acto de fe a hacer fabulaciones y expandir sus ideas. Yo también escribo columnas de periódicos para mantener cierto contacto con la realidad venezolana. En cuanto a los escritores nuevos, te diré que entre otros Ángel Francisco Gustavo tiene un libro *Cerrícolas* que es una literatura muy directa. Después de una época en que la literatura venezolana fue sumamente formal, subjetivista, surgen escritores como Milagros Mata Gil que ha publicado una novela volcada en los hechos contemporáneos del país, y otros como Sael Ibáñez, José Balza y José Napoleón Oropeza con su novela *El bosque de los elegidos*, que es sobre esa artista norteamericana Diane Arbist que fotografiaba criaturas monstruosas. Sin embargo, hay una evidente barrera que está deteniendo a una gran cantidad de gente que tiene textos valiosos y que no los ha podido publicar y son poco conocidos.

A.H.D.J: ¿Cómo relacionas el proceso literario de Venezuela de los años 70 en adelante con la producción literaria de Colombia para estos años?

L.B.G: La primera observación que hay que hacer no te será muy extraña, a pesar de que somos vecinos y compartimos una misma tradición, Venezuela y Colombia están muy desconectados literariamente. Conocemos, desde luego, a escritores colombianos como García Márquez. Lo conocemos porque lo publican editoriales españolas o mexicanas. Gran parte de la producción literaria colombiana la conocemos cuando logramos viajar allá o por otras vías. Yo por lo menos conozco la obra de Andrés Caicedo. Mantuve una larga correspondencia con él hasta que se suicidó y me parece una obra de extraordinaria desesperación vital sobre los tormentos de la adolescencia y que no tiene su paralelo en la literatura venezolana. También está la obra de Espinosa, *Los cortejos del diablo*. Espinosa se ha dedicado a una fabulación sobre la historia, la demonología, sobre la superstición. Es un sendero de un realismo mágico-histórico, que también te parecerá extraño, pero no tiene un paralelo en la literatura venezolana.

En Venezuela casi siempre los trabajos han sido muy directos como los de Francisco Herrera Luque, que es muy directo, objetivo y no escribe una narrativa suelta. Actualmente Denzil Romero ha escrito obras históricas, pero ya entrando en la subjetividad de los personajes y tiene unas aproximaciones o tendencias como las de Carpentier. En todo caso, Venezuela todavía no ha producido un monstruo de difusión internacional como Gabriel García Márquez. Pero yo creo que tiene autores genuinos en lo atinente a la realidad profunda de la identidad latinoamericana. Te mencionaría a Salvador Garmendia y a Alfredo Armas Alfonso, entre otros. En cuanto a la literatura colombiana, está reflejando en la actualidad un mundo en convulsión y desgarramiento. Vamos a ver qué que-

da de esa literatura. Hay unas obras muy impresionantes como las de Arturo Alape. Éste escribió un libro extraordinario, libro que se lee como si fuera casi una obra de ficción por el interés, aunque tiene una gran realidad documental que es *El Bogotazo*. Está también la obra de Álvarez Gardeazábal con *Cóndores no entierran todos los días*, que es un extraordinario narrador de la realidad colombiana. Pero fíjate, yo pienso que la literatura colombiana está más volcada sobre la realidad sociopolítica directa, sobre la realidad de la experiencia cotidiana sin renunciar con ello a la poesía, lo cual la diferencia de la venezolana que se ha hecho más intimista y de una extraordinaria complejidad formal.

Aabc
deghijk
lmnop
qrstuv
wxyz